

EL PORNOEROTISMO EN RUBEN MONASTERIOS

Carmen Díaz Orozco

En noviembre de 1993, un alto funcionario del Instituto Postal Telegráfico venezolano (Ipostel), cegado por el más estremecedor arrebató inquisitorial, echó a la hoguera algunos ejemplares de *"El Víbora"*. El asunto causó estupor (aunque no tanto), no sólo por la indudable calidad estética del comic español, sino porque trajo a debate (y esto gracias al piromaniaco) un problema que a estas alturas parecía superado. Las reacciones no se hicieron esperar pero hubo, sin duda, mucha timidez; también hipocresía. Desde siempre en Venezuela hemos tenido que enfrentar la pacatería, su traducción más inmediata se llama prohibición; de modo que en la empresa de desentrañar el sentido de nuestros textos de tema sexual, es necesario desbrozar algunos de nuestros más enconados preceptos morales. Esta es la postura que he adoptado, la más idónea, al parecer, en la empresa de mostrar las relaciones de contexto implícitas en aquellas expresiones literarias que se ordenan a partir de lo sexual.

Pero todos sabemos que esta situación no atañe sólo a Venezuela. Es un problema occidental, sin duda; cristiano, tal vez. Quisiera intentar esclarecer el asunto partiendo de algunas inquietudes preliminares, ¿Cuál es la naturaleza de lo sexual?, ¿Qué aberraciones pone en juego, al punto de accionar su destierro hacia el terreno de las interdicciones?

Los cantos al amor y al erotismo han sido grandes protagonistas en el proceso literario venezolano; ambos se inscriben en límites socialmente aceptados. Pero no ocurre así con la pornografía que ha querido verse como la antítesis del erotismo. Según esta concepción, es bueno el erotismo porque cubre o sugiere, es hipócrita; mientras que la pornografía muestra descarnadamente una realidad sexual peligrosa que amenaza los límites de la cordura. De aquí se desprende esa otra concepción maniquea de ambas realidades; me refiero a la que asigna valores estéticos a lo erótico al tiempo que priva de los

mismos a la expresión pornográfica. La pornografía y su revés, la inmoralidad, son términos de origen axiológico que expresan lo que la sociedad y sus valores determinan como obsceno.



Establecer contraposiciones entre erotismo y pornografía, impide una adecuada interpretación del problema, el nivel estético de uno u otra

⇒270 *Voz y Escritura* (Mérida) (6-7): 269-278. Enero, 1996.

no depende de la etiqueta que los clasifica. El equívoco desaparece si entendemos que ambos aspectos se inscriben en una realidad más amplia: la de la sexualidad humana cuya exploración implica un amplio proceso que, partiendo del erotismo puede llegar a la obsesión y entrar de lleno en la pornografía. En efecto, la exploración de la sexualidad humana se haya comúnmente estimulada por expresiones que recorren la transgresión, el mal y la abyección.

En este sentido, Rubén Monasterios es uno de los pocos narradores venezolanos que ha asumido con mayor valentía el tema de la sexualidad. Sus cuentos, reunidos bajo los títulos de *El Pájaro Insaciable*. (Caracas: Alfadil, 1989) y *Encanto de la Mujer Madura*. (Caracas: Producciones Lithya Merlano c.a, 1992) muestran un constante contrapunteo entre erotismo y pornografía, configurando un espacio narrativo que teóricamente ha sido denominado por el autor como "literatura ereccional". Monasterios quiere que sus cuentos, generen respuestas sexuales en el espectador, pero lo anima sobre todo, el deseo de exprimir la sexualidad hasta obtener de ella, una suerte de esencia intensamente humana que narre la violenta animalidad escondida tras las leyes, el orden y el equilibrio sin los cuales sería imposible nuestra supervivencia en sociedad.

Los cuentos se estructuran a partir de lo que Bataille (*La Literatura y el Mal*. Madrid: Taurus, 1981) reconoce como postura hacia el mal y Kristeva define como abyección (*Poderes de la Perversión*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Ed, 1989); para ambos la literatura que se arriesga en estas aventuras temáticas, descubre un interés en transgredir todas las estructuras normativas que nos hacen seres sociales. En efecto, así ocurre con los personajes de estos cuentos quienes actúan motorizados por la necesidad de explorar hasta la saciedad sus instintos sexuales; con ello, logran transgredir los más arraigados preceptos morales, a través de la exploración del incesto, (en el cuento "Una Noche de Abril" de *El Pájaro Insaciable*) la escatología, (en "Perverso Amor que me Atormentas tanto" de *Encanto de la Mujer Madura*) la impureza y el humor, (en "El Pájaro

Insaciable" la homosexualidad (en el cuento "Como un Batir de Hádicas Alas" de *Encanto de la Mujer Madura*) y el más extenso catálogo de perversiones sexuales.

El cuento *El Pájaro Insaciable* nos muestra una interesante reflexión sobre los mecanismos que operan en la configuración de la moral, a través de un protagonista cuya única virtud es la de poseer el dominio de una potencia sexual extraordinaria. Aunque en realidad esto no significa otra cosa que la imposibilidad de alcanzar orgasmos, su insatisfacción es vista como la máxima expresión de la virilidad masculina. Esto es así hasta que un episodio sin importancia cambia radicalmente el sentido de la recepción de su sexualidad: cuando es descubierto en la ejecución de esos caprichos sadomasoquistas que lo convierten de súbito en un ser socialmente rechazado. Atrás queda el extraordinario ejemplar del macho caribeño, su lugar lo ocupa el instinto diabólico de un pervertido cuyo descenso al espacio de los desterrados no se hace esperar: "*La gente comenzó a evitarme; las miradas femeninas en las que antes leía admiración y deseo, reflejaban ahora compasión o desprecio, y yo, que había sido un polo de atracción para la gente, comencé a sentir un vacío social en torno a mí.*" (p. 50)

El Pájaro Insaciable no es solamente un cuento pornográfico. Aunque se recrea en amplísimas y detalladas descripciones de seres copulando hasta la (in)saciedad, el interés de la narración reside en su capacidad para reflexionar sobre algunos aspectos de la psicología humana. Uno de ellos, el humor, aparece cuando el personaje ha asumido su realidad como una perversión a partir de la cual se inicia una incansable búsqueda de soluciones a su problema. Para ello, se somete a innumerables tratamientos psiquiátricos y esotéricos con una conciencia irónica que ayuda a liberar las tensiones del relato.

Hay escenas de antología, como aquella en la que el narrador se somete al diagnóstico de un aparato llamado "pulsoemotivador electrónico" que consiste en: "*Unos electrodos por el ano que fueron*

fijados a las paredes del foso rectal; de los mismos se desprendían unos cables que conectaban mi organismo a una máquina registradora; al cabo de cierto tiempo !Oh prodigio! un verídico diagrama de todo cuanto yo era capaz de expresar por esa parte, resultaba impreso en una cinta de papel, cuya extensión inducía a pensar que mi culo era harto elocuente" (p. 64)

Este, como casi todos los relatos de Monasterios es un cuento "pornoerótico" . Un poco de cada uno, como una especie de metáfora de la relación sexual cuyo inicio está dominado por el juego de las velaciones, del erotismo; un juego que en el clímax se hace obsceno, lujurioso y que finalmente no persigue otra cosa que la necesidad de penetrar para así alcanzar la fusión, aunque en esta búsqueda de placer deba enfrentar innumerables deseos de destrucción e incluso la propia muerte.

Además del interés en relativizar los preceptos morales escondidos tras las interdicciones que recaen sobre lo sexual; las innumerables transgresiones que motorizan a estos cuentos, pretenden socavar las instituciones del bien cuya representación más inmediata la constituye no sólo la moral sino también el orden, las normas y las leyes que nos hacen seres sociales. En este sentido, estos cuentos revelan la afirmación de lo que Bataille (*La Parte Maldita*. Barcelona: Ed. Hase, 1974) entiende como la transgresión de las instituciones del bien, revelando la afirmación de esa parte maldita que nos constituye.

Algunos cuentos se ocupan de la reversión del bien, como es el caso de "*Perverso Amor que me Atormentas Tanto*". La historia de una descendiente de inmigrantes italianos, se convierte en el escenario perfecto para narrar el fin de una vida bastante anodina cuya suprema aspiración no es otra que la de esperar la aparición de un buen muchacho que la llene de niños, y así hacer realidad el sueño de su madre de convertirse en "nona".

Pero la vida le guarda algunas sorpresas a Donatella Giacobetti.

Ocurrió que una noche luego de realizar algunas horas "extra" en la empresa donde trabajaba, sufrió la agresión sexual de un indigente quien la sacrifica en medio de la más asquerosa miseria. *"En ese momento dramático de su existencia y con sorpresa comprende que no tiene miedo, o con más propiedad, no es el miedo la única ni tampoco la más relevante emoción que pulsa su espíritu. El terror comenzó a ceder (...) y empezó a configurarse en ella otro estado de ánimo, una emoción dulce y extraña, algo jamás experimentado antes. Su estado psicológico terminó siendo una inédita síntesis de terror... y placer erótico."* (p. 168)

En lo sucesivo, Donatella no podrá apartar de su mente el recuerdo de aquella noche aciaga que le reveló su adecuación en lo terrible, "...admitió, al fin, que le gustó ser violada sexualmente, y que quería repetir esa experiencia. Nada más era importante." (p. 189) Por su parte, la narración se encarga de mostrar el lado oscuro del personaje: "...no comprende (dice el texto) que su conducta obedece a una necesidad imperativa de humillación absoluta y de castigo, anclada en lo más profundo de su inconsciente, la cual sólo podría satisfacerse mediante la fusión de su ser a lo más abyecto, depauperado y vil." (p. 192)

El deseo de repetir la experiencia, se convierte en una obsesión para la protagonista quien deambula por callejuelas y avenidas miserables con el dulce anhelo de encontrar a su verdugo. El relato culmina en el encuentro de ambos; ella desea que el juego se repita bajo las mismas condiciones de pestilencia, horror y agresividad. Quiere sentir peligros y placeres, por ello pide a su amante que la someta de nuevo; *"Y el hombre, riendo y llorando, se afinca, en efecto, penetrándola hasta el fondo por debajo, hasta que no encuentra más qué meter en su vientre; simultáneamente con ella, descargando su primitiva energía, y al mismo tiempo la navaja entra con lentitud en el cuello de Donatella; milímetro a milímetro, sin pausa, implacable, la metálica hoja penetra en el cuello: rasga los tejidos y las fibras musculares*

externas, y parte en dos, limpiamente, la arteria que se pone en su camino, y así entró, hasta la propia empuñadura." (p. 199)

Este cuento resulta apropiado para observar los límites vitales de la exploración sexual, al mismo tiempo, el hecho de que la protagonista se sienta atraída por todo lo que ella misma reconoce como abyecto, nos permite comprender que la abyección nace de una imposición social que excluye, mediante interdicciones, aquello que representa una amenaza para la supervivencia del grupo.

En los trabajos citados de Bataille, se nos advierte acerca de la necesidad de ver en los interdictos una suerte de rechazo hacia el ser y su naturaleza, ya que esta última se ha mostrado en todas las culturas de todos los tiempos como la responsable del derroche de energía viva en el hombre. El fundamento de esta realidad y de esta carta de prohibiciones se inscribe en la necesidad de desterrar los peligrosos excesos de la sexualidad, que implican un sentido de despilfarro ilimitado de la naturaleza individual, en contra del deseo de durar que es lo propio del ser.

En este sentido, los límites e interdicciones que fundan nuestra separación de lo sexual obedecen a una proscripción de la violencia que es inherente a una práctica sexual sin límites. Bataille nos muestra cómo el hombre, al identificarse con el orden, intenta separarse de esta violencia que está íntimamente relacionada con el placer y ejerce su tracción en sentido contrario, pretende alejarse de esa realidad virulenta que es la vida transgredida por la muerte, cegada por ella y acechada por los desbordamientos de una vida sexual que, sin límites ni restricciones, sería la equivalencia de la libertad animal.

Con miras a la delimitación de compartimientos estancos entre vida y sexualidad, las sociedades acuden al empleo de algunos mecanismos coercitivos que establecen un orden, sin el cual la conciencia humana sería impensable. La religión es uno de ellos; pero ninguna como

Judeocristiana para ejecutar con destreza la elaboración de un espacio abyecto, a través de elementos como el sacrificio , el pecado y el tabú.

Desde la perspectiva de Julia Kristeva, la búsqueda de la pureza consolida el fin último de las prohibiciones cristianas. En su concepción, el destierro de los desbordamientos corporales se inscribe en la necesidad de defenestrar la impureza y establecer así un pacto con la divinidad. *"Puro e impuro constituye una relación específica de ordenamiento que depende de una convención con Dios"*. Esta oposición se inscribe en la preocupación fundamental del texto bíblico de separar y construir identidades



estrictas, sin mezcla. De este modo, Kristeva nos muestra una dicotomía que subsume otras: vida / muerte, carne / sangre, sano / enfermo, bien / mal, etc. Es así como el cristianismo transforma a la impureza en metáfora de la idolatría, de la sexualidad y de la inmoralidad.

En este sentido, resulta interesante la propuesta de Monasterios porque nos permite observar la presencia de una suerte de residuo cristiano en el diseño de unos personajes que se mantienen en un constante contrapunteo entre la fidelidad y la rebelión. En ellos priva el concepto de pureza cristiano, la noción de que el pornoerotismo implica un estado de impureza que debe ser restituido a través de la

higiene, la virtud o el bien. La obsesión por la pureza es recurrente; en *"El Pájaro Insaciable"*, por ejemplo se convierte en *"una compulsión irracional al aseo asociada a un oscuro sentimiento de culpa."* (p.35) Del mismo modo, la mayoría de los cuentos giran en torno a la idea de purificación post-coital: lavados anales (internos y externos), desinfecciones, etc., son los aditivos necesarios para la restitución del orden. Con ello, los personajes se mantienen fieles a un engranaje social y moral necesario y transgresores en el ejercicio de su sexualidad.

Por eso es tan interesante la arremetida pornográfica de Monasterios. El autor acude a la pornografía como la máxima de las transgresiones, parece decirnos que después de este anhelo tan intenso de fusión sólo resta la muerte; he aquí su abyección. Frente a una pornografía que se nutre del lugar común, Monasterios nos ofrece la inaplazable necesidad de reflexionar sobre las perversiones humanas y esto sin olvidar el nivel de sensaciones y respuestas implícito en toda buena literatura pornoerótica. En su concepción, este tipo de literatura *"busca originar en el lector, inicialmente esa sensación inespecífica y generalizada, esa cierta ansiedad, esa como irritación de la membranas mucosas y de otros órganos, ese erizamiento de la piel, así como los epifenómenos psicológicos asociados al estado de erotización del ser; como efecto natural de tales pulsiones orgánicas y elaboraciones mentales se produce progresivamente la erección del pene, y con ella la compulsión a esa descarga psicofísica, al mismo tiempo bestial y angélica, que es el orgasmo."* (Rubén Monasterios. "Hasta en los Cuentos de Hadas." *Papel Literario de El Nacional*. Caracas, 22 - 5 - 1988)

Monasterios ha elegido un camino difícil y lo ha hecho bien. Muy pocos autores venezolanos han explorado, como él, sin tabúes, la tragedia a través del erotismo. Miedo a la censura, intereses personales o cualquier otra razón, lo cierto es que pocos textos se ordenan alrededor de la exploración insaciable de la sexualidad humana. Algo similar ocurre con la recepción: la crítica literaria en

Venezuela sufre de "pacatería terminal"; avergüenza comprometerse con una literatura que desata nuestras más íntimas perversiones, eso no es cosa de crítica seria. Como si estuviéramos ante la afirmación final de aquel interés judeocristiano en construir identidades estrictas, rechazando las mezclas en favor de una unidad a la que, en este caso no puedo llamar de otro modo que academicista... Ellos se lo pierden.